

Charles de Foucauld: “El Islam produjo en mí una profunda inquietud”

Cruz Oswaldo jc

El próximo 1 de diciembre es el aniversario de la muerte de Charles de Foucauld, el "monje misionero" francés, muerto en Tamanrasset, en el desierto del Sahara, por un grupo de merodeadores, en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Pero, a pesar de tener perdido la vida en la tierra y los hombres musulmanes Islam, el beato Charles no es, par la Iglesia, un mártir en el sentido clásico del término, la responsabilidad de su muerte no puede atribuirse directamente al Islam como religión. A una distancia de un siglo todavía es lícito preguntarse: ¿Qué llevó al vizconde de Foucauld a dar la vida por los tuareg y las tribus del Sahara que amaba como amigos?

En esta ocasión en la que vivimos es considerado por los observadores de muchas maneras: era del caos, la ansiedad, el miedo, la psicosis. Y hay escape de la sensación de miedo que infunde el Islam en el mundo occidental. Esta gran religión monoteísta es hoy sin duda la más controvertida, la más condenada, la más “caricaturizada”. Sin embargo, es necesario presentar y repetir que por lo general tenemos una imagen distorsionada del Islam. Una cosa, sin embargo, es compartida por la gran mayoría: en los quince años que nos separan del 11 de septiembre tuvo lugar un cambio profundo en nuestras vidas y se difumino muchas de nuestras esperanzas. Ante nuestros ojos - dice Mario Calabresi – ha cambiado radicalmente el mundo del trabajo, de la economía y de las finanzas, la idea de las relaciones internacionales, los ideales europeos y la forma en que vivimos. El terrorismo de matriz islámica tuvo un papel fundamental, juntamente con las formas siempre nuevas de yihadismo y las oleadas de refugiados y migrantes que llegan a nuestras costas. Mientras que antes el encuentro con el Islam estaba centrado en las preocupaciones de los cristianos de Oriente Medio o de los apasionados del mundo árabe hoy, nos guste o no, todos estamos llamados a reflexionar sobre este encuentro, ya que es un tema que toca a todos nosotros.

Charles de Foucauld nació en Estrasburgo en 1858, muy pronto quedó huérfano de padre y de madre y, junto con la hermana Marie, fue confiada al abuelo materno, un coronel retirado. En la adolescencia, en un clima cultural marcado por la Ilustración y el legado de la Revolución Francesa, se apartó completamente de la fe y vivía en la indiferencia religiosa

completa, “sin acreditar en nada y nada renegando”, escribió un día su amigo Henri de Castries. Siguiendo la tradición familiar, emprendió una carrera militar, pero después de una serie de vicisitudes decidió abandonar el ejército para dedicarse a explorar nuevas tierras. Eran los años de la colonización del norte de África por los europeos y el descubrimiento de nuevos territorios era una pasión para muchos.

De junio 1883 a mayo 1884, también Charles de Foucauld se lanzó en la peligrosa aventura de entrar en Marruecos, la tierra cerrada a los europeos, disfrazado de judío y ayudado por un guía. Fue un viaje peligroso, pero todo salió bien. Que publicó sus trabajos bajo el título *Riconnaissance au Maroc* y consiguió la medalla de oro de la *Société de Géographie de Paris* por el alto valor científico de la obra. Sin embargo, además del gran éxito de la expedición, Charles fue marcado en particular por dos características únicas de los hombres del Islam: la hospitalidad y la oración.

La hospitalidad es sagrada para los musulmanes, es un deber de todos a la imagen de Abraham. Después es la oración como «amorosa sumisión a Dios». Para un joven europeo, racional y sin religión, el contacto con la fe de los musulmanes, almas que viven continuamente en la presencia de Dios, que practican su fe con orgullo, sin sentir vergüenza, ha hecho comprender algo mucho más grande y más cierto que todas las actividades terrenas: «el Islam produjo en mí una profunda inquietud», comenta a Castries. Y al principio que quería ser un musulmán: «Empecé a estudiar el Islam».

Del Dios «mayor» al Dios «infinitamente pequeño»

Cerca del final del mes de octubre de 1886, Charles de Foucauld, después de un largo periodo de discernimiento, y ayudado por personas que eran muy caros, vuelve a descubrir la fe de su infancia: «A partir del momento que supo que Dios existía no podría vivir sino para Él»... ¿Qué pasó en el corazón de este hombre impresionado inicialmente por la fe islámica para luego terminar en la *amistad* con Jesús de Nazaret? Y sobre todo, ¿cuál fue su actitud en las relaciones con los musulmanes después de haber comprendido que Dios Todopoderoso y «totalmente otro» del Islam se hizo pequeño y cercano de cada hombre en el acontecimiento de la Encarnación?

Sin embargo, podríamos decir que la expresión «vivir sólo para Dios» en cierto sentido refleja el *monoteísmo absoluto* de la profesión de fe del Islam: «Atestigo que no hay otro Dios fuera de Dios». De hecho, es posible hablar antes de «vizconde Charles de Foucauld» y «Hermano Charles de Jesús», después del *encuentro personal* con Jesús.

El camino espiritual de Charles puede describirse con el término «descender». Desde el Evangelio empieza a conocer la historia de Jesús que hizo un «operario pobre» en Nazaret. Pero Jesús es también un *don* del Padre «que tanto al mundo». Él, a pesar de ser Dios, se *descendió*, aniquilado a sí mismo, hasta la muerte (cf. Flp 2, 5-11). Charles quiere imitar la vida de Jesucristo: siendo rico, renuncia a la fama, los afectos familiares, abandona todo y sale con la suya, en esta vez para una operación distinta a la de Marruecos. Ahora ya no es sed de gloria y honor, pero es un sediento de Absoluta con el corazón penitente. Después de unos siete años de vivir en Francia y sobre todo en Siria, ha obtenido el permiso de sus superiores para irse a Nazaret como un ermitaño y poder así «tocar con las manos» el *evento* Jesús.

Se pasa largas horas en adoración silenciosa ante Jesús Eucaristía, lee asiduamente el Evangelio y sobre todo atiende todas las mañanas a la gruta de la Anunciación. Es en este contexto que él entiende mejor que Dios tomó la iniciativa, dio el primer paso por el amor hacia los hombres, por lo tanto, humilló a sí mismo haciéndose uno de nosotros, concluye Charles. Si Él vivió como uno de nosotros, significa que hizo posible que cada uno de nosotros imitara su vida. «No Fue el deseo de ver tu gloria aumentada que te hizo crear el mundo, encarnar a tu Verbo y hacer nacer a Jesús ... es el deseo de involucrar a otros seres además de ti, en tu riqueza, en tu felicidad, en tu vida».

En sus meditaciones escritas, el ermitaño de Nazareth hace emerger gradualmente su extraordinario descubrimiento: nuestro Dios no es narcisista. Es el *altruismo*, amor: la naturaleza de Dios es *relacional*, Trinitario, es *el amor que se da de forma gratuita*, que crea al hombre a su imagen, hace participar a los hombres de su felicidad, de su vida divina y encarna para que su imagen vuelva a brillar en ellos. Este itinerario explica parte de la determinación de Charles de Foucauld en *llevar* a Jesús a los que no Lo conocen, a querer darle a conocer no por la predicación, pero viviendo el Evangelio. Al entrar en relaciones con los demás, con los diferentes, aquellos que no comparten su fe, sino que fueron testigos de su

presencia. En los últimos años se dedica con amor a conocer y dar a conocer las riquezas de los Tuareg, anticipándose a la idea de la inculturación que el Vaticano II había avanzado.

En base a estos puntos de vista, creemos que la espiritualidad del beato Charles de Foucauld podría iluminar el camino de la Iglesia y tal vez de la sociedad, frente a los grandes retos del encuentro y de la confrontación con el diverso y complejo mundo musulmán. El clima de violencia y desconfianza que se exacerbó en los últimos años amenaza con socavar los esfuerzos y la voluntad de diálogo, de encuentro. En su lugar, estamos llamados a valorar el camino que Charles de Foucauld abrió, innovando en relación a su tiempo: «construir puentes, no muros», compartir gestos de amistad en la vida cotidiana, sin iniciativas *naïf* y sin idealismos, pero en el respeto por la diversidad. Otro aspecto crucial: conocernos. El miedo aumenta cuando no se conoce. Charles comenzó a estudiar el Islam, aprendió la lengua de sus amigos Tuaregs y siempre trató de entenderlos. Les dio la bienvenida en su corazón.

Cuando se habla de diálogo, por lo general viene el intento de exigir reciprocidad (si se pueden construir mezquitas en nuestros países, también debemos ser capaces de construir iglesias en sus países). La reciprocidad quizá podría ser tomado en cuenta desde un punto de vista político. Pero nunca desde el punto de vista teológico. La Iglesia debe recordar que el acontecimiento de la Encarnación no exigió de nosotros de reciprocidad, es un puro *don de amor* sin condiciones y sin falsas expectativas. Es la iniciativa del Padre que está en una relación con nosotros. Si no asumimos el evento de la Encarnación, no hay evangelio. El camino es largo y tal vez siempre en aumento, pero la comunidad cristiana es guiada por el Espíritu de Aquel que *dio su vida* por todos los hombres.